

Tixcacal

J. M. G. Le Clézio

(Traducción de Leonor Tejada)

EL FRÍO DE LA NOCHE sube nuevamente a la tierra, desde las profundidades, endurece la meseta de caliza, aprieta las raíces de los árboles. Sopla el viento, un viento de desierto, el viento del Este cargado de peligro. Entonces los hombres están encerrados en sus casas, abrigados por sus techos de palma, envueltos en las hamacas de henequén. No esperan. Pero no duermen. Este es el lugar donde siempre se acecha, como desde el alto de una colina, escudriñando la noche, escuchando los ruidos que transporta el viento. El frío sube por las bocas de los pozos, respiración helada del interior de la tierra. Los murciélagos vuelan en la negra oscuridad y derrapan en las corrientes de aire, gritando. Es el principio de la noche, cuando el sol acaba de apagarse al oeste del país llano, y la sombra ha llegado de golpe a la tierra. De noche ¿se apagan las guerras? El tiempo es tan largo después de las primeras batallas. Todas las noches, las aldeas se alejan a la deriva del centro del imperio, de Chan Santa Cruz fantasma, como balsas arrastradas un poco más allá. La selva es el tiempo. Es ella la que separa así, silenciosamente, multiplicando sus ramas y sus raíces, y los caminos de polvo se estiran. Comienza la noche, una noche más, que destierra de la cúpula gris del Balam Na. El Balam Na, oscuro precio en el que no resonarán más las palabras gemebundas de la Cruz, está ahora abandonado como una isla, perdido en la noche. Al retirarse la luz, la luz ardiente del cielo, no queda más que ese campo vacío en el que brillan las brasas de algunas aldeas. Después de tanta marcha, tanta fatiga, se estremece uno, la inmovilidad es aterradora. Los caminos están cortados.

Ahora aparece el cielo, inmenso, negro, en el que brillan las frías estrellas. Lentamente, entre los árboles, asciende

el disco blanco de la luna. El viento hace crujir las piedras, vibra sobre el suelo de caliza. No hay agua. Sólo frío intenso, el frío del espacio.

Eso sucede de noche, en el centro del país plano, lejos del mar, lejos de las montañas, lejos de las ciudades. Cuando llega el frío de la noche es cuando los hombres no quieren seguir hablando. Hasta los perros dejan de ladrar. Los niños pequeños están apretados contra su madre, envueltos en lienzos, los ancianos se mecen en sus hamacas contemplando la noche. Ahora no hay nada que decir. Todavía nada que decir. Los secretos están encerrados en el interior de la boca por el frío, por la negrura. Lo que se espera no vendrá de noche. Los ensueños están interrumpidos, no hay recuerdos. ¿De qué sirve recordar? Este es el reinado del presente, el lugar más vigilante de la tierra.

El frío sube a la tierra; ha llegado de las grutas y se dispersa por la plaza de la aldea, cubre la selva. Toma las cosas una por una, penetra en cada casa con el viento y la luz lunar, entra en el cuerpo de los hombres acostados en las hamacas, contrae los músculos, insensibiliza los labios, oprime la médula de los huesos. El sol ha desaparecido, la noche es dura. Hay que permanecer sin moverse por horas, por horas. Inmóvil, con los ojos muy abiertos, mirando por entre las tablitas de las paredes el paisaje iluminado por la luna.

Aquí no se puede dormir. No se puede estar ausente. Es el centro de la conciencia en esta parte del mundo que los dioses, apartando la mirada, han abandonado a los hombres. En otras partes, lejos de aquí, están los crímenes, las blasfemias, el dinero, el dominio de los extranjeros de blancos palacios, el pueblo hambriento, humillado, todo lo que hierve y destruye en las ciudades de concreto, lo que

miente, lo que roba, lo que mata, en Valladolid, en Tizimin, en Felipe Carrillo Puerto, en Chetumal, en Puerto Juárez; la vida bestial y fea que ofende al poder de las cruces, los perjuros, la impiedad; todo lo que se repite día tras día, pero nunca llega el castigo; la sequía, que es la ausencia de la palabra del agua, mientras corre por allá, vana e inútil en las pilas y las albercas. Entonces las cruces han enmudecido frente a los pozos, los libros están olvidados. El triunfo del general Bravo, la toma de Chan Santa Cruz, la traición de los ingleses de Belice, la traición del general May, eso no está inscrito en la memoria, pero está visible en la superficie de la tierra, en las plazas de las ciudades.

En el centro del país plano, en el centro de la ciudad santa, en el interior de la casa del Nohoch Tatich, está el rostro impasible y desdeñoso del viejo soldado que se llama Marcelino Poot. Color de tierra, con arrugas profundas y anchos pómulos, con la boca cuyas comisuras caen y la gran nariz arqueada. Los ojos de pesados párpados miran sin odio, sin desprecio, pero con una seguridad tranquila y orgullosa algo velada por la fatiga de la ancianidad. El rostro no dice nada. Reina en medio de la casa, en la luz del día que declina, y la mirada lejana sigue el movimiento de los hombres alrededor de la casa de los guardias, dirige sus pasos.

Son tantos los días y las noches que alejan lentamente del corazón del imperio, de la nave abandonada del Balam Na, de los campos de batalla, de los cementerios. El combate de los hombres no era para ganar algunas fanegas de tierra sino para salvar a la palabra verdadera. La habían oído antaño, cuando el Nohoch Tatich estaba al mando de los soldados Cruzoob, cuando el Tata Polin, el intérprete de la Cruz dictaba los últimos mensajes. Entonces Yum Pol Itza escribía las palabras de Juan de la Cruz, y eran las palabras de toda la tierra, de toda la selva, eran las palabras del agua fría que corre por las cavernas subterráneas, eran las palabras de la vida inolvidable.

Así, queridos cristianos, os ordeno a todos, pequeños y grandes, pues es menester que lo sepáis, hoy es el día y el año en que mis indios se sublevarán una vez más para combatir a los blancos, de la misma manera en que verificaron antaño los combates, os ordeno a todos, pequeños y grandes, para que todas las tropas bajo mis órdenes lo sepan, os ordeno guardar esto en el alma y el corazón, aun cuando oigáis y veáis las deflagraciones de los fusiles de los blancos apuntándonos, que no los temáis pues ningún daño os harán, pues han llegado ya el día y la hora en que mis indios deben combatir de nuevo a la raza de los blancos...

El rostro duro y dulce, color de arcilla, color de la tierra quemada por noventa años de sol y de incendios, desgastado por la lluvia, purificado por el hambre y el dolor, el verdadero rostro, el más bello y más tranquilo, reina en el centro de la aldea. Ya no manda a la guerra. Su mirada ha dejado de ser la luz de la venganza. Ahora olvidado, separado por la selva mientras progresa la sombra de la noche próxima que quizá vaya a borrarlo para siempre, lejos de las violencias y de la cupidez de los conquistadores de las ciudades, reina sobre el país de los árboles, sobre los campos de maíz y de frijol, sobre las casas de palma, sobre los pozos. Es el verdadero soberano de las aldeas, casas de adobe de Xmaben, casas de lámina y ladrillo de Señor, de Tusik, de Ixcaiché, palacios en ruinas de Tihosuco, de Acam Balam, de Zaci. Los hombres armados han dejado de recorrer la sabana. Sobre la carretera de chapopote que va de norte a sur, los pesados camiones pasan velozmente, rugiendo. Por los caminos de polvo, las serpientes reptan dejando huellas semejantes a las llantas de las bicicletas. Van a la caza de ratas y ranas, a la luz de la luna.

Pero aquí, en el centro del país plano, no hay movimiento. El rostro del anciano reina todo el tiempo, sin moverse, sin hablar. De su frente, de sus ojos, de cada uno de sus rasgos salen la conciencia y el poder que ponen en orden esta tierra.

Sí, éste es el lugar más vigilante de la tierra, el lugar de la alta conciencia. La conciencia no espera. No se mira a sí misma. No exige nada. No retiene los días, no cuenta las noches, no acumula las horas ni los gestos. No juzga. Lo que pide, así, sin hablar, con orgullo, no es la venganza ni el dinero. Está en concordancia con el deseo de los dioses y sólo esto pide: el pan y el agua.

La sed es tan grande en la tierra. De día y de noche reseca los labios, aprieta la garganta, hace sangrar la yema de los dedos. También los campos tienen sed, tierra resquebrajada, agrietada, labrada por surcos vacíos. Alrededor de la ciudad, los árboles de troncos estrechos están en pie, sombríos en el aire helado. La noche es parecida a la obsidiana. Reluce con su destello negro, inmenso, sin agua. Sopla el viento. Pero no trae nubes ni niebla. Sólo trae el frío cortante de los llanos de piedras. El aire, la tierra y el cielo están desnudos. En otra parte, quizá, haya ríos, lagos, tubos llenos de agua y de burbujas. En otra parte están las albercas, muy azules, las bañeras tibias, las piletas transparentes que fluyen en los palacios de los banqueros y de los comerciantes de henequén, las suaves praderas para los rebaños de reses, las fuentes, los manantiales. En otra



parte, sobre una mesa hay un vaso de agua que se puede beber y volver a llenar sin parar.

Pero el rostro duro y dulce del anciano reina aquí, en medio de la selva. Aquí es donde el ciclo del agua se inicia, aquí, por la oración del anciano en el centro de la selva.

Aquí el agua no sabe nacer fácilmente. Surge tras el sufrimiento, como la vida, cuando se la ha rogado muchos meses. Cuando se ha esperado, deseado, cuando se la ha mirado y se le ha hablado con todo el espíritu y todo el cuerpo, día a día, todas las noches.

De noche, el viejo rostro está inmóvil. Pero sin cesar sale de él la palabra, la palabra antigua que dirige las acciones de los hombres y la vida de la tierra. Quizá la mirada no tenga ya odio, ahora, sólo una lástima muy grande porque ve la historia desde el principio hasta el fin. La mirada ve a través de la noche lo que ha sucedido del otro lado de la selva, las aldeas que arden, las plantaciones asoladas, los niños muertos, el horizonte cubierto de humaredas rojas. La mirada atraviesa la noche fría, ve lo que ha dejado de ser. La palabra de los vencedores retumba más fuerte que la de los conquistadores, pasa por encima de las hojas de los árboles como el viento, se mueve en las grietas de la tierra, perturba el silencio de los pozos profundos.

La voz gemebunda sigue hablando en la oscuridad. Habla de la guerra que no puede cesar puesto que el agua no es dada a los hombres sino que corre desde el cielo cuando surge la sangre del corazón y penetra en la tierra. Pero hoy la tierra está fría, apretada alrededor de la aldea de los Guardias. El rostro de Marcelino Poot está duro como la piedra, sus arrugas son profundas, su piel está caliente de día y fría de noche. Marcelino Poot, último guardián de la cruz, último soldado del combate inconcluso, no duerme. Es el hombre más vigilante del mundo, el guardián de la tierra de las sabanas, el que conoce el porvenir. El que vela

sobre el maíz, sobre los pozos y los árboles, el que acecha la nube invisible que tiene que llegar, el que oye la palabra de la última cruz de Pedro Pascual Barrera, el que ve, desde el centro de su casa, los caminos que conducen a los cuatro mojones del universo.

Es aquí, de noche. El rostro manda en el espacio, no por la fuerza ni por la ciencia sino simplemente por la mirada. No se puede olvidar, porque la historia no se ha interrumpido. En la aldea, los hombres y las mujeres tienen un mismo aliento, las plantas y los árboles crecen según un mismo ritmo. Las manos hacen todas los mismos gestos, y los labios dicen las mismas palabras. Nada se ha detenido. El pasado no existe; sólo que los hombres se hacen viejos y mueren; y la palabra murmurada se desliza de un cuerpo a otro.

El rostro está cerrado y tranquilo, y tan grande es su poder que las palabras extranjeras no pueden llegar. Siguen donde están: tumulto, exclamaciones, llamadas discordantes e inútiles. Los extranjeros son millones. Hacen brillar sus fuegos, sus motores rugen. Beben su agua fácil, comen su pan sin deseo. Su ralea crece rápidamente, y sin cesar su dinero compra, vende, compra. En sus países violentos los dioses no existen, no aparecen nunca. ¿Cómo podrían venir? El cielo está separado de la tierra por los tejados y por las murallas.

Aquí, el cielo es tan grande como si ya casi no hubiera tierra. Por encima del país plano está tendido, negro, profundo. Las estrellas brillan con un destello inmóvil, la luna está llena. Sobre la selva, la luz de la noche es bella y lejana, y sobre la plaza de la aldea las sombras de las casas son muy negras. Tal vez crucen los caminos algunas serpientes, los murciélagos invisibles gritan volando alrededor de los pozos. La noche es densa y fría, como si se estuviera en la cima de una muy alta montaña.



Los soldados no duermen, nunca duermen. Cuando es de día se van a trabajar a los plantíos de maíz. Cuando es de noche, van a la casa grande y miran las llamas de las velas que arden frente a la cruz. O miran la noche, tendidos en sus hamacas y respirando suavemente. Los niños están apretados contra el pecho de las mujeres. Los fuegos se han apagado. Más adelante, cuando la luna empiece a descender hacia la línea de los árboles, tal vez los hombres cierren sus párpados. Pero el anciano se queda solo. Su mirada no cesa de salir de su rostro y vela por encima de la ciudad.

Delante de la puerta de la casa de las cruces, los dos guardas están en pie, apoyados en sus bastones. No hablan. Han venido de las otras aldeas para hacer guardia. El cansancio, el frío y la sequía hacen daño. Pero la mirada del anciano solo se confunde con la noche, con el frío, con la luz inmóvil de los astros.

No hay nadie alrededor de la casa de las cruces. Es aquí, en este desierto, donde nace la mirada que vigila la tierra, los pozos y los árboles. La guerra no puede terminar puesto que los extranjeros han conquistado el imperio. Si el anciano debilitara su mirada, si los guardas descruzaran sus bastones en la puerta de la iglesia, si hombres y mujeres se abandonaran al sueño, entonces quizá el cielo permanecería por siempre vacío de nubes, quizá el maíz ardería en la tierra árida, quizá el sol que se ha apagado en el oeste no podría reaparecer nunca más al este. Es el lugar más vigilante de la tierra, el centro de la guardia, para que el agua pueda venir, para que nazca en el cielo por encima del mar y venga, en el viento, por su camino, y fluya en los depósitos y penetre por las grietas hasta el fondo de la tierra, el agua, la libertad. La voz de Juan de la Cruz sigue hablando:

Entonces, sabedlo, hijos míos, éstas son mis órdenes en la tierra, pues menester es que lo sepáis, pueblo amado de las aldeas, hoy es el día fijado por el Señor para que yo os hable,

criaturas de la tierra, y os lo digo, pueblo amado de las aldeas, he ido ante el Señor para que me dé el permiso de hablaros, pero lo hago porque me dais lástima, hijos míos, porque os he creado, os he salvado, he vertido por vosotros mi preciosa sangre...

¿No veis cómo estoy clavado en la santísima Cruz, llevado por los innumerables ángeles y por todos los serafines? Por eso, hijos míos, os perdono que hayáis infringido mis órdenes, pues he creado a los cristianos de las aldeas, pues a cada instante voy hasta mi Señor en el reino del Cielo, con los miles de ángeles y serafines, para pedir que os conceda su permiso y su valimiento, pues mi Señor me ha dicho ya, hijos míos, que el enemigo nunca ganará, sólo las Cruces ganarán, y por esa razón, mis amadísimos compañeros, nunca os abandonaré al enemigo.

La sequía es prolongada en la tierra plana y las rocas duras, en el rostro de Marcelino Poot, en los millares de árboles quemados. Pero el agua debe venir, la libertad; es menester que venga, el agua, el íkor de los dioses, para que los niños y las mujeres beban, para que las raíces del árbol ceiba beban, para que el pueblo de los hombres beba. En el agua del cielo están mezclados la mujer y el hombre, en el agua se encuentran el cielo y la tierra. De rodillas sobre el Petate, Ah Pu fecunda a la virgen Ixquic.

Pero las palabras tardan en llegar. El silencio de la noche reina sobre el país plano, y el cielo negro es un imperio vacío. Hace falta tantas palabras, tantas oraciones, para retener la vida en la tierra. Es menester que la mirada no se debilite, que no deje de salir del rostro del anciano solo en el centro de su casa. Es necesario que el copal no deje de arder en la iglesia, delante de la cruz gigantesca revestida de su blanca túnica.

No son los caminos de polvo los que conducen a la cruz. Es el camino de la mirada y la memoria de las palabras que

otrora retumbaron sobre el imperio, las palabras ardientes que en las aldeas han alzado a los hombres contra el ejército y los cañones de los extranjeros. Yum Pol Itza, el intérprete, sigue escribiendo las palabras de Juan de la Cruz a Chan Santa Cruz:

Así pues, mis queridos cristianos, hijos de las aldeas, conservad en vuestro corazón mis órdenes porque yo mismo, hijos míos, no puedo permanecer inmóvil, estoy en camino sin cesar, mi garganta y mi vientre están desecados por una sed inextinguible, pues sin cesar estoy en marcha a través de Yucatán para defenderos...

Las palabras no se han apagado. Vibran ininterrumpidamente sobre el desierto, la selva oscura, por encima de los maizales y de las bocas de los pozos. En la noche sin ruido brillan en el centro del cielo negro, iluminan la tierra con su extraño fulgor pálido y lejano. Las palabras son también hombres que huyen a través de la sabana, que cierran tras ellos las puertas de espinos, que incendian sus últimas cosechas. Cuando no queda nada más que esas ruinas y esas tumbas, entonces las palabras entran en el interior de los rostros, y los labios se cierran sobre ellas. Las palabras entran en el tronco de los árboles, y la dura corteza se aprieta contra las cicatrices. Las palabras retornan hacia los pozos de donde habían salido, hacia el último refugio del agua. En el fondo del espacio, muy lejos allende el horizonte, están ocultas y no hay quien pueda oírlas. Pero sólo las miradas siguen hablando. Las miradas están fijas, son fuertes, no abandonan los lugares donde han nacido los hombres. Las miradas no conocen ya el odio ni la venganza. Están vueltas hacia el manantial del agua, hacia el porvenir.

Los Separados están orando. Los Separados están solos, pero no para ocultarse ni defenderse sino para ser puros. Allí, en las ciudades de los mercaderes, los hombres son frágiles, brutales, sus ojos brillan de codicia. Pero no es para ellos para quienes viene el sol cada día, no es para ellos para quienes están la luz, la sombra, el agua y el viento.

No son los Separados quienes han huido. Se han quedado en su lugar como los árboles sujetos por raíces a la tierra dura, mientras en derredor los extranjeros se marchaban, barridos, arrastrados.

Los Separados no han cerrado los ojos. Han conservado su mirada con vida mientras a su alrededor los extranjeros se quedaban dormidos. Ahora que la guerra ha terminado ¿dónde están los vencidos? Los hombres que se parecen a la tierra, los hombres que son semejantes a los árboles, los hombres que tienen la piel del color de la tierra, las mujeres que tienen el cutis del color del maíz, aquellos que no viven sino por el pan y el agua nunca son vencidos.

No son riquezas lo que ellos desean, ni el poderío sobre las tierras extranjeras. Sólo buscan el orden del mundo que habitan, así, obstinadamente, con el solo poder de la mirada y la palabra. Los Separados han mirado cómo se ahondaba el vacío sobre su país, han visto llegar la noche, han reconocido el silencio. La fuerza de su mirada los ha retenido en este lugar mientras en derredor suyo el mundo es débil y mortal. No es el tiempo lo que separa: son los árboles y el mar.

Aquí está el lugar triunfante, del triunfo calmado y duradero de la verdad. Ya no hay palabras ni ideas, no hay ya dioses ni leyes. Hay todos esos gestos de las manos, estos movimientos del cuerpo, esta mirada. Cada día la luz del sol alumbraba los maizales, los techos de palma, los caminos de polvo. Cada noche el frío sale de las bocas de los pozos, hace crujir las piedras. No hay más oración. Entonces pueden aparecer las nubes, desde el otro extremo del horizonte, deslizándose lentamente, hinchadas de agua, hacia todos los rostros que llaman.

Los Separados siguen oyendo las palabras que retumban en las galerías abiertas bajo la tierra. Ahora no son ya palabras de odio; solamente son las palabras de la libertad para aquellos que nunca son vencidos:

Hay todavía algo más que debo decir, mis queridos cristianos, hijos de las aldeas: podéis verme tal como soy, no soy más que la sombra de un árbol, pero todos vosotros podéis verme, todos los pequeños y todos los grandes y todos los que se dicen grandes, pues mi Señor no me ha colocado al lado de los ricos, pues mi Señor no me ha puesto del lado de los generales ni del lado de los comandantes, pues mi Señor no me ha puesto con los que dicen tener mucho dinero ni con los que dicen y creen ser dignos y poderosos, sino del lado de los pobres, de los miserables, pues soy pobre, pues soy aquel de quien se compadece mi amo, y me ama, pues la voluntad de Dios es que quien me dé, verá incrementarse sus bienes... Decidme: ¿hay otro Dios? Pues soy el amo del cielo y de la tierra y todos los hombres son mis hijos...

Entonces la noche puede cesar y la luz aparecer de nuevo, dulce, lentamente. El frío de la noche retorna al interior de la tierra, las sombras crecen sobre el suelo polvoriento. La mirada fija que atraviesa el tiempo y el espacio, la mirada semejante al brillo de los astros, se une a la hermosa luz. Delante de la casa de las cruces, los dos guardas agotados descruzan sus bastones y buscan un refugio para dormir. No ha sucedido nada, todavía nada. El cielo claro no tiene nubes. El sol se levanta por encima de los árboles inmóviles, asciende sin ruido hacia lo alto del cielo. Sobre la plaza fría aún, las mujeres van hacia el pozo. •